

Luis Enrique Tord

Nueva Atlántida

“... pues el dicho país de la Atlántida así como el Perú, llamado entonces Coya, y el de México nombrado Tyrambel, eran reinos orgullosos y poderosos en armas, navíos, y toda clase de riquezas...” (Francis Bacon)

En otra ocasión debí ocuparme del gran navegante, cosmógrafo y cronista Pedro Sarmiento de Gamboa¹, que una vez más reaparece desde el fondo del tiempo para inquietarme con una excepcional faceta de su fascinante y esquiva personalidad. Esta vez su sombra volvió a crecer en mi memoria a raíz de los intensos días que pasé en Londres investigando en los ricos archivos del British Museum. Mi interés no era otro que hallar más informaciones acerca de la confidencial entrevista que

1. “La Ciudad de los Césares”. En: *Espejo de constelaciones*, Lima, 1991.

realizó Sarmiento, en 1586, con la reina Isabel de Inglaterra luego de su captura en el Atlántico por corsarios ingleses a las órdenes de sir Walter Raleigh. Su posterior liberación y la misión que le encomendara la soberana ante el rey de España Felipe II, demostraban fehacientemente las importantes amistades que había forjado durante su prisión, lo cual me puso sobre el rastro de su vinculación con relevantes personajes de la navegación y cosmografía británicas –como lo era Raleigh– y, especialmente, con quienes cultivaban disciplinas tan peregrinas como la magia y la astrología, que constituían antiguas pasiones del cosmógrafo de Pontevedra.

Como ya lo precisé en “La Ciudad de los Césares”, en los días de la prisión de Sarmiento no se hallaba en Londres el notable médico, matemático y mago John Dee que había emprendido en 1583 un viaje al continente europeo que duró seis años y que lo llevó hasta Cracovia y Praga, donde el emperador ocultista Rodolfo II tenía su corte. Sin embargo, en el año en que Sarmiento estuvo en Londres, Dee ya había publicado algunos de sus fundamentales tratados hermético-cabalísticos en la tendencia pitagórica que animó el pensamiento de otros preclaros neoplatónicos como Giovanni Pico de la Mirandola, Johannes Reuchlin y Enrique Cornelio Agrippa. Dee, cabalista cristiano, poseía grandes conocimientos de navegación, como que fue autor de *General and Rare Memorials Pertayning to the Perfect Art of Navegation* (1577), tratado en el cual se explaya no sólo en el arte de marear sino que vaticina el destino imperial de la reina Isabel, a hacerse realidad gracias a la futura expansión inglesa en todos los océanos del mundo. No cabe duda que este tema, así como sus conocimientos de angelología, cábala y magia, ampliamente explicados por Dee en su célebre *Monas hieroglyphica* (1564), habría establecido una apasionada vinculación con Sarmiento de haberse ambos encontrado en la corte británica. Pero el destino no lo quiso así.

A pesar de ello, uno de los frutos principales de mis indagaciones en el British Museum fue establecer las aproximaciones de Sarmiento con personajes del entorno de John Dee y Walter Raleigh de los cuales el de mayor relevancia para mis investigaciones era lord Francis Bacon de Verulam, vizconde de San Albano, aproximación ésta cuyas evidentes resonancias he identificado claramente en una de sus más célebres obras: *Nueva Atlántida*. Una vez más me sorprendió que los estudiosos de esta original invención no se hayan percatado de las decisivas vinculaciones entre ella y los viajes que había realizado Sarmiento de Gamboa al Mar del Sur, región donde sitúa Bacon la isla donde ocurre su utopía inconclusa. Por si fuera poco, los nombres que puso la expedición de Sarmiento a las islas que descubrió en 1568 reaparecen en *Nueva Atlántida*, como veremos de inmediato.

¿Quién no ha leído las cuarenta páginas de ese relato de Bacon que, junto con *Utopía* (1516) de Tomás Moro y la *Ciudad del Sol* (1623) de Tomaso Campanella constituye la trilogía renacentista de las repúblicas ideales? ¿Y cómo no recordar aquí las notables especulaciones de Bacon vertidas en sus libros principales: *Novum Organum* (1620), *Apothegms* (1625) y sus 58 *Essays* escritos entre 1597 y 1612? Debemos precisar, asimismo, que si bien *Nueva Atlántida* se editó en 1627, un año después del fallecimiento de su autor, ella había sido escrita un lustro atrás, en 1622, por lo que su primera edición fue póstuma.

Cuando Sarmiento estuvo forzosamente en Londres, Bacon tenía veinticinco años de edad, era *dean* del Colegio de Abogados y diputado independiente por Taunton. A pesar de su juventud era persona respetada e influyente y, por cierto, del círculo de Dee, al cual pertenecía sir Walter Raleigh —capturador de Sarmiento—, el conde de Leicester y el poeta Sir Philip Sidney, por citar a los más destacados. Asimismo, todos ellos eran del entorno de la soberana a quien servían de una u

otra forma, como que Bacon era abogado extraordinario de la Corona.

Por otro lado, el tratamiento tan considerable que se le dio al navegante español se debió a sus muchos títulos: su rango de capitán de Felipe II, descubridor de las Islas del Rey Salomón en la Mar del Sur, cosmógrafo mayor del Virreinato del Perú, alférez real en la captura del Inca Túpac Amaru en Vilcabamba y gobernador y capitán general del Estrecho de Magallanes.

A más de ello, su dominio de la matemática y la astronomía, su conocimiento de lenguas clásicas y su formación humanista facilitaron su relación con quienes estaban interesados en las mismas disciplinas. Además, Sarmiento había escrito varias relaciones, memoriales y cartas de sus viajes al Estrecho de Magallanes, así como dos textos muy importantes: *Relación hecha por el Capitán Pedro Sarmiento de lo sucedido en el viaje que verificó con Alvaro de Mendaña en descubrimiento de las Islas Salomón* (1572) y la *Historia Índica* (1572), que narraba el pasado de los Incas a base de versiones de *quipucamayocs* y nobles indígenas de las *panacas* reales del Cuzco con quienes se había informado catorce años antes. Hombre dicharachero, de ideas originales, lector asiduo de Platón, a quien califica en su *Historia Índica* como “el divino”, tenía merecimientos suficientes para ser apreciado, y admirado, por espíritus afines al suyo en ese año y medio que pasó cerca de la corte londinense.

Fue en ese ambiente que Bacon escuchó las narraciones de sus viajes y peripecias en el hemisferio austral y, en particular, sus audaces aventuras en el Mar del Sur y en el Estrecho de Magallanes. Pero no cabe duda que lo que más le impresionó fue la descripción de la navegación descubridora al Mar del Sur en que Sarmiento fue en calidad de capitán de la nave “Los Reyes” en la expedición al mando de Alvaro de Mendaña. ¿Se limitaría Sarmiento a narrar esa peripecia o tendría consigo

44

copia de su relación? Sea como fuere, Bacon conoció este viaje, como se colige de lo que escribió en *Nueva Atlántida*.

En efecto. Ya es significativo leer en las primeras páginas de la obra de Sarmiento tres capítulos dedicados a la isla Atlántida y enterarnos de que los “los ricos y poderosísimos reinos del Perú y cotérminas provincias fueron atlánticos”, incluyendo las islas Salomón “que yo, mediante Nuestro Señor, descubrí en el mar del Sur en el año de 1568...” Si bien las disquisiciones del cosmógrafo pontevedrés acerca de la Atlántida están en el foco de atención de la época, sólo él se detiene de manera demorada y principal en analizarlo y avanzar interpretaciones tan resueltas acerca de la relación entre la Atlántida, América y el Mar del Sur. Es por ello que no debe sorprendernos su influencia en las obras de Francis Bacon, sino todo lo contrario, es decir, hallar muy natural las vinculaciones de Sarmiento con quien, como Bacon, frecuentaba el pensamiento de Platón y los grandes tópicos del Renacimiento, como la magia y la astrología, a más que fomentaría Bacon el nacimiento de la Fraternidad de la Rosacruz en cuyos textos fundadores se encuentran ecos de lecturas sobre el Perú de los Incas, ecos derivados directamente de los viajes y escritos de aquel excepcional navegante español.²

La relación inicial de la *Nueva Atlántida* de Bacon con la vida y obra de Sarmiento de Gamboa la hallamos desde las primeras líneas: “Partimos del Perú, donde habíamos permanecido por espacio de un año, rumbo a China y Japón, cruzando el Mar del Sur...” No cabe duda que escuchamos en

2. Precisemos que no solo se identifica *Nueva Atlántida* como un fundamental relato Rosacruz, sino que hay quienes tienen por autor a Bacon de los dos notables folletos que anunciaron la aparición de esa sociedad secreta: *Fama Fraternitatis* (1610) y *Confesio Fraternitatis* (1615), de los que hablaremos más adelante. En esos años Bacon tenía la dignidad de Imperator de la Orden Rosacruz en Inglaterra.

ellas resonancias de la navegación efectuada por Sarmiento de Gamboa entre 1567 y 1569, en la expedición comandada por Alvaro de Mendaña, en cuyo transcurso fueron descubiertas las Islas Salomón. Adviértase que Bacon, a pesar del título que le pone no sitúa su obra en el Océano Atlántico sino, por el contrario, en el Pacífico, es decir, en el océano que fue precisamente el escenario de las aventuras náuticas del cosmógrafo pontevedrés.

Una segunda observación: cuando los navegantes de *Nueva Atlántida* quedan al paio, ven surgir en el horizonte una ínsula de donde llega una pequeña embarcación con ocho personas a bordo, que dieron refugio a los extraviados, con quienes los habitantes de esa isla oceánica se entendieron en lengua española. Para mayor abundamiento hay que agregar que el emblema de los insulares era unas alas de querubín y entre ellas una cruz, como que eran cristianos.

El otro indicio decisivo es la existencia en esa isla de la Sociedad de la Casa de Salomón, nombre este último con el cual se bautizó a las tierras descubiertas por la expedición Mendaña-Sarmiento cuya denominación –Islas del Rey Salomón, o *Insulas Salomonis*– se la impusieron los marinos españoles debido a la persistente versión según la cual las naves de Salomón, que llevaban oro y plata para la edificación del templo de Jerusalén traían aquellos metales preciosos de Tarsis y de Ophir –identificado éste último con el Perú– en tierras situadas en aquel ignoto Mar del Sur³. Recordemos asimismo que la

3. Para los descubridores del archipiélago la constatación era clara: esas islas eran las mismas de donde el fenicio Jiram, navegando a las órdenes del Rey Salomón, traía oro, plata, marfil, monos y pavos reales. Y para mayor abundamiento esgrimían el argumento de la duración del periplo: los tres años que dice la *Biblia* demoraba el fenicio en cumplir su navegación (I Reyes 10,21-23).

carroza de los padres de la Casa de Salomón en *Nueva Atlántida* resplandecía con “esmeraldas de color Perú”, y en medio del techo “ostentaba un sol de oro resplandeciente...” símbolo éste del imperio incaico en que el sol –*Inti en runa simi*– era la máxima divinidad.

Pero por si fuera poco, en las primeras páginas de esta obra nos hallamos con una descripción aún más significativa, si cabe. Ese texto dice a la letra:

“...durante toda una larga época los habitantes de la gran Atlántida gozaron de gran prosperidad. Porque aunque la narración y descripción hecha por uno de vuestros grandes hombres, de que los descendientes de Neptuno se habían instalado allí, y del magnífico templo, palacio, ciudad y colina; y de las múltiples corrientes con hermosos ríos navegables, que rodeaban la dicha ciudad y templo, como otras tantas cadenas, y de aquellas diversas graderías por donde ascendían los hombres hasta la cima como por una escala Celeste, es más que nada una fábula poética, hay sin embargo en ella mucho de verdad, pues el dicho país de la Atlántida, así como el del Perú, llamado entonces Coya, y el de México nombrado Tyrambel, eran reinos orgullosos y poderosos en armas, navíos, y toda clase de riquezas; tan potentes eran que ambos hicieron a un tiempo, o al menos en el espacio de diez años, dos grandes expediciones: los de Tyrambel a través del Atlántico hasta el Mar Mediterráneo, y los de Coya por el Mar del Sur hasta nuestra isla. Y por lo que se refiere a la primera de estas expediciones que llegó hasta Europa vuestro mismo autor debió sin duda poseer algún relato de los sacerdotes egipcios a quienes cita, ya que es evidente que tal cosa sucedió. Ahora, no puedo decir si fueron los antiguos atenienses los que tuvieron la gloria de la repulsa y resistencias de estas fuerzas, y lo

único cierto es que ni hombres ni naves regresaron de este país. Ni tampoco los de Coya hubieran tenido mejor fortuna en su expedición a no haber tropezado con enemigos de tan gran clemencia. Pues el rey de esta isla, por nombre Altabin, sabio y gran guerrero, conciente de su poder así como el de sus enemigos, resolvió el conflicto atajando las fuerzas mucho mayores que las suyas, obligándoles de este modo a rendirse sin llegar al ataque, y después de tenerlos a su merced, dándose por satisfecho con que le juraran que nunca empuñarían las armas contra él, los dejó partir a todos sanos y salvos”.

Este es el texto donde de manera más resuelta aparece información transmitida en Londres por Sarmiento, lo cual consta en su manuscrito de la *Historia Índica*, como quedó dicho. Efectivamente, Sarmiento de Gamboa es el único cronista español que recoge la versión —que repite años más tarde Miguel Cabello de Valboa en su *Miscelánea Austral* (1586)— según la cual Túpac Inca Yupanqui, advertido de que frente a las costas del Perú existían unas islas denominadas Anachumbi y Ninachumbi, donde había “mucha gente y oro”, resolvió efectuar una expedición que compuso con “una numerosísima cantidad de balsas, en que embarcó más de veinte mil soldados escogidos”. Agrega Sarmiento que Túpac Inca fue y descubrió Anachumbi y Ninachumbi, “de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijada de caballo; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco hasta el tiempo de los españoles. Este pellejo y quijada de caballo guardaba un inca principal, que hoy vive y dio esta relación, y al ratificarse los demás se halló presente y llámase Urco Guaranga. Hago insistencia en esto, porque a los que supieron algo de Indias les parecerá un caso extraño y dificultoso de creer”. Y reitera Sarmiento que estas “son las islas que yo...

descubrí en el mar del Sur, ducientas y tantas leguas de Lima...⁴

No falta en esta narración un elemento mágico, que debió encandilar a sus oyentes o lectores ingleses: que Túpac Inca Yupanqui, para asegurar la veracidad de la información según la cual existían aquellas islas, consultó con un nigromante, de nombre Antarqui, que llevaba en sus conquistas, el cual "fue por sus artes, y tanteó el camino y vido las islas, gente y riquezas de ellas, y tornando dio certidumbre de todo..."

Pero todo ello está vinculado a una antigua obsesión de Sarmiento, que al explicarla en el círculo de Londres encontró oyentes atentos, como Bacon, que resueltamente hizo suyo el sueño del marino español: la ferviente opinión que Sarmiento manifestó a los expedicionarios de la Mar del Sur de que había que seguir navegando más allá de las Islas del Rey Salomón, en dirección Sur-Oeste, para hallar la Terra Incógnita Australis de los antiguos, el perdido continente austral de Ptolomeo, la Catígara de los cosmógrafos medievales, la tierra de las Diez Tribus perdidas que huyeron del cautiverio de Salmanasar, rey de los Caldeos. Pero que en aquella oportunidad de la expedición, Mendaña, jefe de la flota, y Hernán Gallego, el piloto, resolvieron retornar al Perú por la derrota Sur-Este, aunque los vientos y las corrientes terminaran por desviarlos contrariamente hacia el Nor-Este, arribando desmantelados a las costas de México en enero de 1569⁵.

-
4. Por cierto, estas islas encandilaron desde el principio a los españoles. Es el caso del conquistador Francisco Pizarro que vivió los últimos años de su vida ilusionado con hallar esas Islas del Paraíso. Para descubrirlas se armaron varias expediciones, pero fue solo en 1568 que Mendaña y Sarmiento pusieron pie en ellas.
 5. En efecto: de haber seguido el parecer de Sarmiento la flota de Mendaña hubiera descubierto Australia, continente que sólo conocería Occidente en el siglo XVII.

Aparte de los rastros de Sarmiento que hallé en *Nueva Atlántida*, importa subrayar que este texto es un importante documento Rosacruz que evidencia el papel protagónico que le tocó a Bacon en la aparición de esta Fraternidad de tanta importancia en las especulaciones filosóficas y científicas del siglo XVII. Aparte de la alegoría de la Casa de Salomón, donde reside una orden de sacerdotes que efectúan estudios sobre todas las artes y ciencias en beneficio de la humanidad, poseían un emblema conformado por unas “alas de querubín, no extendidas, sino descansando hacia abajo, y junto a ellas una cruz”. En otras palabras: es el sello que figura en el manifiesto Rosacruz de la *Fama Fraternitatis*⁶ acompañado del lema “Sub umbra alarum tuarum Jehova” (Bajo la sombra de las alas de Jehová).

Habría que agregar que los navegantes extraviados son recibidos en la Atlántida de Bacon, donde se atiende gratuitamente a los que están enfermos tal como lo prescribe la regla de los hermanos rosacruces. Asimismo, los sabios de la *Nueva Atlántida* estaban enterados de todo lo que ocurría en el mundo porque enviaban viajeros a recorrerlo vestidos según las costumbres de cada lugar, pasando así inadvertidos, lo cual es también norma Rosacruz.

Menciono estas vinculaciones para facilitar rastros que puedan llevar a horizontes aún no percibidos por los que se interesen en la historia de las ideas de aquella crucial época. Quiero decir con ello que la firme huella de Sarmiento en Londres, en el núcleo de quienes impulsaban la aparición de la

6. A más del extenso título original también se le conoce como *Descubrimiento de la Fraternidad de la muy noble Orden de la Rosa Cruz* (Cassel, 1614).

Fraternidad Rosacruz, la hallamos también, aunque más tenue, en los documentos fundacionales de esta Orden. Efectivamente, quien estudie atentamente la esencial *Confessio Fraternitatis*⁷ cuya primera edición es de 1615, aunque el manuscrito es varios años anterior, leerá lo siguiente:

“¿No sería excelente vivir en un lugar en el que ni la gente que vive más allá del río Ganges en las Indias pudiera ocultar nada, ni los que viven en el Perú pudieran conservar secretos sus conocimientos y no darlos a conocer a nadie?”

Nótese cómo el autor —o autores?— de este manifiesto, se refirió tanto a las Indias Orientales como a las Occidentales, pero en este último caso menciona explícitamente a un reino, el Perú, que como la India, evidentemente preservaba conocimientos singulares, tal como lo asevera Sarmiento en su notable *Historia Índica*.

A pesar de que todo lo dicho suscita un enorme interés el punto más significativo y apasionante de este desconocido período de la azarosa existencia de Sarmiento lo constituye un excepcional acontecimiento acaecido en los propios meses de la estadía de nuestro navegante en Londres. Este hecho singular requirió mi más grande esfuerzo de investigación pues debí indagar en documentación que no se encuentra a disposición de los estudiosos debido a que es preservada por una antigua familia cuyos remotos ancestros tuvieron un papel protagónico

7. *Secretioris Philosophiae Consideratio brevis a Philippo Gabella, Philosophiae St. conscripta, et nunc primum una cum Confessione Fraternitatis R.C. in lucem edita Cassellis. Anno post natum Christum MDCXV.* También se le conoce como *La confesión de la loable fraternidad de la honorabilísima orden de la Rósae Cruz, dirigida a todos los doctos de Europa.*

en la historia británica. Mi compromiso de guardar reserva acerca de ella fue lo que me permitió revisar detenidamente aquel rico repositorio de manuscritos. Lo esencial de mi indagación es lo siguiente: el 27 de julio de 1586 se efectuó en Lüneburg, en la Baja Sajonia, una asamblea secreta en que se resolvió restaurar la Milicia Crucífera Evangélica, que era ni más ni menos que la corporación interna de la Orden Rosacruz. Una asamblea similar se efectuó en Londres por los mismos días con análoga misión que la alemana. Esa Milicia era el núcleo decisivo de esa Fraternidad, pues el número de sus integrantes estaba estrictamente circunscrito a quienes eran más versados en las enseñanzas fundamentales de esa Sociedad y dedicaban toda su vida a la devoción de los ideales de ella. Por si fuera poco sus miembros eran asimismo el sostén del Imperator en los países donde existía la Milicia. Hombres y mujeres ingresaban en ella después de pasar las pruebas a que eran sometidos durante años por el Imperator de su jurisdicción. Luego de haberme enterado de tantos pormenores acerca de esta Fraternidad no me sorprendió lo que prescribían sus constituciones en el sentido de que esta milicia “posibilita la continuada protección de la Orden Rosacruz y la capacita para realizar actividades nacionales e internacionales para gloria de la Orden y mantenimiento de las genuinas doctrinas secretas de Jesús”. Y aquí nos encontramos, una vez más, con la *Naometría* de Simón Studion, en cuyas 1.995 páginas desarrolla la historia de la cruz y su auténtico significado místico y espiritual, así como el de la rosa y la unión de ella con la cruz. Efectúa también Studion un compendio de las doctrinas rosacruces y las antiguas enseñanzas de los Esenios y de los primitivos cristianos rosacruces, así como una explicación de que los que quedaron armados caballeros en esa asamblea lo fueron para proteger las “constructoras actividades de la Orden Rosacruz, restaurar las puras enseñanzas místicas de los primitivos

cristianos e impedir toda clase de persecuciones sectarias e intolerantes, de modo que predomine la completa libertad del pensamiento religioso y científico”.

Si bien me he extendido más allá de lo que hubiese deseado, los conceptos arriba vertidos pueden dar una idea acerca de la atmósfera reinante en la Inglaterra de la reina Isabel —que apoyaba este movimiento junto con Enrique IV, rey de Francia y de Navarra, y el rey de Dinamarca— y de los ideales que animaban a Francis Bacon, al conde de Leicester y al poeta sir Philip Sidney.

Y es aquí que se entrelazan los acontecimientos en que tuvo presencia Sarmiento: el carácter *confidencial* de su conversación con Isabel de Inglaterra, su vinculación con Walter Raleigh⁸ y su frecuentación del círculo de Bacon, Leicester y Sidney. ¿Conocería Sarmiento la instalación de la asamblea de instauración de la Milicia Crucífera Evangélica? ¿Estaba vinculada la misión que le encomendara la soberana británica ante Felipe II a la pretensión Rosacruz de una paz cristiana universal? Y la pregunta más difícil de todas: ¿fue armado en Londres caballero de la Milicia Crucífera Evangélica?

Lo último es poco menos que imposible por la sencilla razón de que quienes componían aquella milicia eran de confesiones protestantes, y no podemos imaginar a Sarmiento, un caballero gallego, renegando de su lealtad de toda la vida a su Iglesia y a su rey católico. Y nos negamos a imaginar siquiera que, so pretexto de reencontrar un entendimiento o la recomposición de la perdida unidad cristiana, nuestro navegante

8. Raleigh, tan buen navegante como escritor —y concertador de la entrevista de Sarmiento con la reina Isabel—, dejó cumplido testimonio de su conocimiento de las peripecias de aquel su prisionero en su valiosa *History of World* (Londres, 1614).

aceptara ser hermano adepto de la más secreta de las jerarquías en esa Milicia que tenía como objetivo supremo defender “la amadísima cruz de todos los tiempos contra su empleo en persecuciones y guerras religiosas y en contiendas destructoras de cualquier carácter”. Pero, insisto, ello no fue obstáculo para intentar cumplir con la misión de paz y acuerdo entre los soberanos de Inglaterra y España aunque, sabemos, esta pretensión no pudo realizarla Sarmiento, pues de vuelta a España caería prisionero de los hugonotes en Francia durante tres años.

Pero de todo lo que hemos explicado el aspecto más original y exótico es una información que hallé en la documentación manuscrita de Londres que, por su naturaleza, no puedo calificar más que de fantástica. Como todos sabemos, en el diálogo de Platón que lleva por nombre *Critias o de la Atlántida*, hay tres personajes presentes –Timeo, Critias y Hermócrates– e, inclusive, uno ausente, al que no se nombra. Esta relación la da el filósofo ateniense por boca de Sócrates en el principio del *Timeo*. Por ser *Critias* un texto inconcluso la intervención de Hermócrates acerca de la Atlántida ha quedado desconocida, así como el nombre del ausente. Este vacío ha impedido que nos enteremos acerca de la descripción de la Atlántida con mayores detalles que los que adelanta Platón en las breves páginas de *Critias* que han llegado hasta nosotros. Pero aquí viene lo extraordinario: el círculo de Londres aseveraba poseer ¡la versión completa del diálogo platónico sobre la Atlántida!

Aseguraban haber adquirido el manuscrito griego a los descendientes de un helenista huido de Bizancio cuando la destrucción de ese imperio por los turcos en 1453. Su compra, efectuada en Venecia en 1561, había estado rodeada de las debidas precauciones, como el análisis al que se le sometió por rigurosos filólogos que declararon su autenticidad. Como se comprenderá, este texto constituyó el máximo tesoro de aquel

círculo que lo estudió con avidez siendo su repercusión más explícita *Nueva Atlántida* de Bacon. Pero tal como lo debe haber percibido el acucioso lector hay algo tanto o más sorprendente: que de la misma manera que el texto de Platón, *Critias o de la Atlántida*, el de Bacon ha llegado hasta nosotros también inconcluso. ¿Qué extrañas fuerzas impidieron en uno u otro caso, a la distancia de dos mil años, que sus autores lo terminaran? ¿O es que, efectivamente, sus autores los escribieron completos pero en los dos manuscritos manos extrañas retiraron —o pretendieron destruir— las páginas medulares en las que se entraba en la descripción del continente perdido? De no ser apócrifo el texto platónico poseído por el círculo de Londres ¿en dónde se encuentra hoy? Y si Bacon concluyó su *Nueva Atlántida* ¿dónde está el texto integral? Recordemos que Bacon había escrito lo que se conoce de esa obra cinco años antes de fallecer, en 1626, por lo que su publicación en 1627 fue edición póstuma, como quedó dicho.

Tengamos en cuenta además que esa edición se hizo a consecuencia de haberse hallado ese texto entre los manuscritos inéditos que dejó. Pero a raíz de la confusa intervención de albaceas y herederos en el patrimonio de Bacon cabe una interrogación ¿alguien retiró, o mutiló, la parte de *Nueva Atlántida* que no ha llegado hasta nosotros? O algo más complejo aún: ¿Fue decisión de una persona o ella ejecutó órdenes? ¿Órdenes de quién? ¿De quiénes? ¿Con qué motivo? A pesar de que estamos mencionando solo dos —que son las más célebres— ya parecen demasiadas “Atlántidas” inconclusas como para no suscitar este hecho una profunda inquietud...

Por supuesto que estamos muy lejos de emprender pesquisas siglos después de ocurridos los acontecimientos. Sin embargo esos rumbos nos conducen a constatar la persistencia varias veces milenaria de un mito que fue originalmente conservado por sacerdotes egipcios, quienes lo transmitieron a

Solón, mito que también fue conocido desde su infancia por Platón, como se concluye de la lectura de *Timeo* y *Critias*.

De todo ello se deduce al menos una pregunta: ¿A quiénes podía interesar la leyenda de la Atlántida? ¿Por qué cada cierto tiempo rebrota la fascinación por esa remota isla sumergida? La respuesta nos conduce recurrentemente a notables personajes que, nacidos en muy diversas latitudes, estaban estrechamente vinculados por ardientes búsquedas similares.

Búsquedas que pretendían algo esencial: acceder a la sede de la Tradición Primordial. Las Hespérides, Thule, las Islas Bienaventuradas, la Atlántida, eran hitos centrales de ese mapa. Como que la suprema ilusión fue que en algún lugar del planeta, en ese gran siglo de las exploraciones descubridoras, ellos harían esas ínsulas privilegiadas. No otra fue la orientación del esfuerzo heroico de las navegaciones de Sarmiento de Gamboa, las exploraciones de Walter Raleigh, las especulaciones de John Dee y la "utopía" de Francis Bacon: arribar a la tierra de la Tradición Primordial. Por esa seducción empeñaron su vida, sufrieron inenarrables contrariedades y nos legaron mensajes sospechosamente inconclusos.